



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

¿ACASO NO FUE UN SUEÑO?

Raquel Hernández Sánchez



DIPLOMA 2012

**“¿ACASO NO FUE UN
SUEÑO?”**

Raquel Hernández Sánchez

“¿ACASO NO FUE UN SUEÑO?”

Otra vez sonaba el despertador. Eran las 6.30 de la mañana y, como cada día, procedía a realizar las labores rutinarias para asistir a clase. Comenzaba desperezándome, aprovechando los últimos minutos en la cama mientras organizaba mi cabeza: papeles que debía llevar, qué ropa ponerme, cuáles eran las asignaturas que se impartirían ese día, si hacía frío o no... Todo esto mientras apoyaba un pie en el suelo y trataba de anular todo atisbo de sueño que pudiera haber quedado de las ocho horas reposando la mente y el cuerpo. Bajaba las escaleras aún adormilada e iba directamente a la ducha. Después, me dirigía a la cocina para prepararme el desayuno. El peor momento de todos era cuando tenía que salir a la calle, corriendo a toda pastilla, muerta de frío en busca de mi coche. Una vez dentro de mi Toyota gris plateado, ponía la música para trasladar mi mente a otro lugar haciéndome olvidar el estrés y el agobio de las primeras colas ocasionadas por el abundante tráfico que colapsaba la llegada a Tafira.

Una vez conseguida la meta de encontrar aparcamiento y meter mi coche a duras penas entre huecos imposibles, atravesar laberintos de automóviles mal puestos y hacer alguna que otra peripecia, me encaminaba al edificio donde se impartían mis clases, donde normalmente mis compañeras consumen los últimos minutos que quedan para entrar a clase. Allí comentábamos normalmente como nos había ido el día anterior y lo perezosas que estábamos al empezar la universidad, además de suponer y hacer previsiones de cómo serían los futuros exámenes o cómo corregiría esta o aquella profesora. Entrábamos, muy a nuestro pesar, y atendíamos las explicaciones.

Aquel día, lunes, teníamos dos horas de Antropología Social y Cultural, cuyo título, según la profesora, había sido modificado este año, de tal forma que en Europa se le llamaba Social y en América, Cultural; luego le seguía una hora de prácticas de la misma asignatura y otras dos horas de Economía aplicada al Trabajo Social.

La profesora entró medio alocada, con prisas por continuar el temario que habíamos empezado la semana anterior. Colocó el ordenador y el proyector y comenzó a impartir la asignatura:

“Los mitos, al igual que las creencias, se han dado a lo largo de toda nuestra historia. Esto puede verse reflejado en diferentes fragmentos recogidos de la historia, plasmado en los libros, como la *Biblia* por ejemplo, donde se habla, entre otras cosas, de la creación del mundo. Es lo que en

antropología se denominan mitos cosmogónicos. Por otro lado, existen mitos en la cultura griega, que apoderándose o tomando como modelo a la *Biblia* hace su propia creación...”

No llegué a saber cómo terminaba la frase, pues de repente me vi sumergida en la idea de la creación, imaginando personajes, lugares y seres fantásticos. Poco a poco mi mente fue nublándose y oscureciéndose hasta hacerme recaer en algún lugar de mi inconsciente.

Recuerdo que todo lo que veía era tierra, un abundante paisaje de color marrón con matices dorados y ocres, montañas rojas como el fuego y un riachuelo que las dividía dotando de vida a aquellas tierras secas. Recorrí aquel entorno echando una mirada curiosa a mi alrededor. Divisé a lo lejos una nube de humo que se elevaba a unos cuantos kilómetros de donde me encontraba, pero ¿dónde estaba?, y ¿cómo había llegado a aquel lugar?

Comencé a caminar, analizando todo aquello que pisaba, que pasaba ante mis ojos. Quería acercarme hacia aquel humo porque intuí que era inequívoca señal de sociedad. Me aproximé con prudencia hacia lo que parecía un poblado. Cabañas de paja formaban un círculo alrededor de una hoguera de enormes llamas, en la que se destacaba la figura de un hombre de largas barbas, pelo cano y abundantes arrugas en su rostro que indicaban el inexorable paso del tiempo. El anciano balbuceaba algo en algún lenguaje desconocido por mí

No me di cuenta al principio, pero aquella “tribu”, “comunidad” o forma de sociedad estaba tan sorprendida como yo, pues me miraban perplejas. No sabía qué hacer y, sin quererlo, afloraron en mí algunos de los conocimientos adquiridos en una de las asignaturas de Trabajo Social a la hora de hacer una investigación: “para hacer un trabajo de campo, el grupo, individuo o comunidad no debe verte como un extraño, debes formar parte del grupo al que vas a analizar...”

Se acercaban lentamente a mí, curiosos. Yo llevaba un pantalón vaquero, una camiseta negra, de tiros y unas botas marrones. Ellos, en cambio, adornaban su cuerpo con pinturas del color de la tierra. Dejé que me analizaran, no quería transmitirles miedo ni que pensaran que yo era su enemigo. Me tocaban la cara, el pelo, las ropas; hablaban entre sí en algún lenguaje desconocido por mí y mientras me cogían de la mano me ofrecieron una pasta sólida compuesta de hojas verdes y alguna especie que luego pude comprobar que tenía un sabor amargo. Haciendo un gran esfuerzo ingerí aquella masa como muestra de agradecimiento para que no se sintieran ofendidos. Al finalizar el “estupendo manjar”, se sentaron alrededor de la hoguera. Tímidamente, me senté también, intentando mantener las distancias y no ofender con mi presencia.

El anciano de la barba larga y pelo cano comenzó a cantar. Mientras sonaba aquella extraña pero dulce melodía, comenzaron a levantarse de uno en uno danzando al son de la música. Pude comprobar que cada uno bailaba de forma diferente, haciendo referencia a los distintos objetos que llevaban en las manos,

Uno de ellos batía un artilugio que podría ser obra de un ingeniero. Me pregunté cómo había llegado aquel objeto hasta sus manos. Otro bailaba mientras los demás se acercaban uno a uno, escuchándole con gran atención las palabras que salían de su boca. Otro tenía una especie de ordenador en miniatura hecho de hueso y metal en el que al pulsar, el sol reflejaba sus caracteres en el suelo.

Observé que los miembros de la tribu que tenían las peores chabolas se acercaban a una mujer que parecía ejercer el rol de madre, y mientras los cogía de la mano, iban en busca de materiales para luego reparar sus casas. Todo iba cobrando sentido para mí, pero no entendía cómo funcionaba aquella comunidad.

No sé si fue por el calor de aquella hoguera, por la melodía que entonaba aquel sabio o por lo abrumador que había sido aquella experiencia, por lo que caí rendida.

Me levanté a la mañana siguiente al calor de la cabaña por unos ruidos que parecían proceder de fuera, y caí en la cuenta de que junto a mí no había nadie. Salí preocupada, pues no sabía qué me iba a encontrar fuera. La noche anterior me pareció un poblado bastante tranquilo. Vi a la gente de aquella tribu correr como loca, todos gritaban alrededor del anciano. Me precipité hacia ellos para intentar entender lo que pasaba. Todos apuntaban a un hombre que, tenía el pelo revuelto y las manos manchadas de sangre. A su lado, una mujer se retorció mientras hilos de sangre manaban de su estómago. Una de las más ancianas del lugar gritaba señalando a las montañas. Entonces, los más jóvenes se dirigieron hacia estas apresurando el paso y, en pocos minutos trajeron a un hombre que venía cargado con diferentes tipos de hierba, aguas de diversos colores y placentas de animales, lo que me hizo suponer que podía ser un santero.

Aquel hombre vestía con hojas de plantas y árboles pegadas a todas las partes de su cuerpo. En su cabeza lucía una enorme corona de piedras y metales preciosos. Debía ser alguien importante, pensé. El santero tocó a la mujer herida y comenzó a recitar un conjuro mientras llenaba de hierbas y saliva la herida. Todos los miembros estaban expectantes, rezando, cantando y danzando alrededor de ellos.

Después de aplicarle aquella medicina a la mujer enferma, la retiraron a la sombra de un árbol. El anciano de largas barbas gritó enfurecido y en menos de un segundo todos los individuos se reunieron en torno a la hoguera. Me pareció como una especie de juicio. El hombre que, al parecer, había herido a aquella pobre mujer, estaba encima de una piedra mientras todos los demás lo miraban con desprecio. El sabio de pelo cano al que todos llamaban Grove, dictó sentencia. El asesino inmediatamente echó a correr seguido por los otros que le tiraban todos los objetos que encontraban a su paso. Intuí que lo habían desterrado, excluido de su pequeña sociedad. Fui atando cabos.

Deduje que aquella tribu disponía de lo que hoy sería un médico, un ingeniero, una trabajadora social, un juez, un psicólogo y gran cantidad de profesiones que sin haber sido estudiadas por éstos, la ejercían de igual modo, por supuesto de manera más rudimentaria, considerando la situación en la que estaban, pero con los mismos fines que las utilizamos nosotros.

Cada uno de aquellos conocimientos daba lugar a una organización en la que cada uno tenía una función que lo hacía parte fundamental del poblado. Piezas que, bien usadas, formaban parte del puzle de la sociedad en la que vivían.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquel poblado, pero lo cierto era que los días pasaban como segundos. Así aprendí el idioma de los Merotes, que así se llamaban, y en una de las reuniones que hacían cada noche, Grove, el mayor, el sabio, me contó la historia del origen del conocimiento.

Hablaba del sol, de la luz... Grove se encontraba solo. Era tan sólo un niño, no recordaba nada anterior al momento en el que la luz se puso ante él y comenzaron a surgir de ella pequeñas formas de humanidad. Grove fue el primero de la generación de los Merotes. Se encontraba cada día con animales y formas de vida que no eran humanas.

El día de la Creación, como así lo llamaban, surgieron de la tierra árboles que él iba regando día y noche. Una vez que se le cayeron las hojas, comenzaron a salir como por arte de magia personas que ya disponían de conocimientos y sabían qué función tenían en aquel mundo. Comenzaron a construir las cabañas, a ayudarse mutuamente, dando origen a la tribu actual.

Grove me contó que no todo fue tan sencillo. En el momento que nacieron las ciencias comenzó una guerra. Aquellos que se encargaban de los conocimientos técnicos, de los números, del cuerpo humano habían nacido con un pensamiento más experimental, pero ese no era el problema.

La causa de la disputa era la poca creencia que estos tenían de aquellos que se dedicaban a la profesión que entendían que no tenía ningún rigor científico, lo que dio lugar a dos bandos: los que pertenecían a las ciencias sociales se mudaron cerca del riachuelo, mientras que los de las ciencias experimentales se refugiaron en las montañas. Reilis, una de las mujeres del poblado, se había quedado embarazada. Ello no suponía ningún problema. Consideraron que podía traer al niño sin ayuda de los médicos, pues todo animal que allí vivía estaba preparado para esta circunstancia.

Pasaron los meses y llegó el momento de dar a luz. Fue una noche larga. La mujer se había acostado en una especie de cama de hierbas y su marido y demás gente del poblado, ahora dividido, estaban a su alrededor. Se encontraba nerviosa, sudaba, gesticulaba y gritaba mostrando su dolor. Después de largas horas, no se observaban muestras de dilatación, por lo que la gente del poblado comenzó a preocuparse. Reilis, muerta de dolor y apretando fuertemente la mano de su marido, le susurró: “ve en busca del santero”. Rods, el marido, miró a todos los miembros de la tribu y, buscando el consentimiento en sus caras, comentó la necesidad de que un médico atendiera a su mujer. Todos estaban en contra, pero era la única manera de que Reilis y su bebé no murieran. El marido se precipitó hacia las montañas, pues el tiempo apremiaba. Estaba en juego la vida de su esposa e hijo.

Llegó fatigado después de haber realizado una larga caminata hacia las montañas. En ese momento no pensó en cómo decir aquello, pero su mujer necesitaba ayuda y no era momento de estar pensando las cosas. Le pidió al santero, olvidándose de su dignidad, si podía atender a su mujer. El hechicero sin pensarlo un momento, cogió sus hierbas medicinales y siguió a Rods hasta el riachuelo. Al llegar, ordenó a todos que lo dejaran a solas con la mujer y su marido. A las pocas horas se oyó el llanto de un bebé, era una niña. Eternita la llamaron. El padre, agradecido, pagó con una vaca los servicios del santero, por la ayuda prestada. El mago, sin decir nada, partió con la vaca hacia las montañas.

Pasaron los días en aquel lugar. Yo visitaba de cuando en cuando tanto a unos como a otros, pues no quería perderme nada de lo que allí sucediera. Es cierto que pasaba más tiempo con la tribu de las ciencias sociales, ya que mi inconsciente se decantaba más por aquello que tenía que ver con las letras, supongo que eso siempre me gustó más.

En una ocasión, la tribu de las ciencias experimentales sufrió en sus propias carnes la necesidad de tener otro conocimiento que no fuera el científico. Uno de los miembros de su poblado había enloquecido, salía a cualquier hora de la noche y le cantaba a la luna como si de un lobo se

tratara. Llegaba lleno de sangre y en sus manos colgaban cabezas de cabras que, por cierto, eran animales sagrados para aquella tribu. Sus hermanos, compañeros y demás miembros de la tribu de los científicos no encontraban la manera de ayudarlo. Pensaron en la posibilidad de recurrir a los de las ciencias sociales, como habían hecho en otro tiempo aquellos de la tribu que se ubicaba en el riachuelo. Muchos dijeron que no, que era imposible con todo lo que ellos sabían, recurrir a los otros, pero algunos reconocieron que era importante la experiencia que aquellos tenían sobre temas relacionados con lo que le sucedía al pobre Ingire. El santero bajó una mañana al riachuelo, se dirigió al mismo hombre al que había ayudado con el embarazo de su mujer. Buscó a Rods ante la mirada confusa de todos.

Le preguntó si tenían a alguien que pudiera ayudar a un miembro de su comunidad que había perdido por completo la razón. El padre de Eternita llamó a Psilogys y éste, sin pensarlo dos veces, acompañó al hechicero a las montañas. Pasó varios meses allá, intentando ayudar a Ingire, hasta que un día el santero observó que éste no salía de noche y contribuía cada mañana en las labores cotidianas. El trabajo de Psilogys había finalizado. El mago pagó con una oveja y dos plantas a Psilogys y éste volvió a su tribu.

Al llegar al riachuelo comentó, ya que había pasado varios meses entre los de la tribu científica, que estos eran buenas personas, y que se comportaban igual con ellos.

Fueron muchas las ocasiones en las que cada una de las tribus se dio cuenta de la necesidad que tenía de la otra, pero la vergüenza y la separación hacía costosa la reconciliación. Grove decidió poner fin a aquella situación. Estaba claro que ambas tribus se necesitaban y que separadas no funcionaban. El viejo de pelo cano siempre había representado el poder entre ambas tribus, y las dos siempre habían sentido un profundo respeto hacia aquel anciano, ya que era el primer ser de aquella civilización, el que los vio nacer y el que había visto la causa de su separación.

Grove reunió a ambas tribus en una hoguera entre los dos territorios. Los citó en una meseta equidistante entre ambos. Comenzó hablando del principio de los tiempos en el que las dos tribus habían surgido y evolucionado, recordándoles cuáles eran sus orígenes y cuáles eran las causas de su separación. Les dio a entender la importancia que tanto uno como otro poblado tenía y cómo podían complementarse, pues se necesitaban.

El santero lloró, así como los demás miembros de la tribu de los científicos. Los que se ubicaban en el riachuelo se acercaron a estos y se fundieron en un fuerte abrazo. Se habían dado

cuenta de que se necesitaban a diario, no se podía convivir a base de favores ocasionales, diariamente. El conocimiento de todos y cada uno de los miembros que habitaban en aquel lugar era necesario para la supervivencia del poblado, para el enriquecimiento de toda la población. Llegaron a comprender que cada pensamiento, experiencia o conocimiento que se tuviera, era importante y necesario en cualquier situación, era básico para la supervivencia de todos ellos, porque todos aspiraban al bien común, pero sus diferentes puntos de vista habían hecho que se nublaran, centrándose sólo en lo que les interesaba.

Acordaron que, a partir de ahora, vivirían juntos y que se ayudarían aportando cada uno lo que supiera para hacer más enriquecedor su poblado, en el que a ninguno le faltara de nada. Después de esto, Grove propuso construir un lugar en el que los niños que fueran naciendo aprendieran la profesión de sus padres o la que ellos eligieran, ayudando a contribuir en el bien del poblado, haciéndoles uno.

Me alejé allí sin despedirme. Iba pensando en cómo saldría de todo aquello. Imaginé que lo que Grove construía con ayuda de los demás no era sino el principio de la unión de conocimientos, un lugar en el que se enriquecerían con la aportación de unos y de otros, aprendiendo que cada experiencia es importante y beneficiosa para todos, sin poner en mejor o en peor lugar. Aquello era la universidad.

- Lorena, Lorena, ¿estabas durmiendo?

Me había quedado dormida en medio de una clase en la que cien personas me observaban tras la llamada de atención de la profesora.

- No, sólo pensaba en lo que usted decía...eso de los mitos.

- Hace rato que terminé de hablar de los mitos, ¿me puede decir usted en qué estaba pensando?

- En las tribus

- ¿Qué tribus? Aún no hemos llegado a ese tema. En fin, señores, la clase ha terminado. La próxima semana hablaremos de la evolución del hombre, desde el australopithecus y el Homo Sapiens Sapiens hasta la Selección Natural de Charles Darwin y demás corrientes como el particularismo histórico o el difusionismo. Tienen diez minutos para descansar y volver a la práctica.

Me costó ubicarme dentro de la clase, pues todavía tenía aromas y recuerdos de mi visita a África. Mi amiga Patricia, me miró y me llevó a cafetería.

- Lorena, has estado hora y media durmiendo
- Si te cuento lo que soñé no te lo creerás. Resulta que estoy más metida en antropología de lo que imaginé
- ¡Cuenta!
- Estaba en África y había dos tribus a las que le separaban intereses distintos, y un día...